

El cantar y la sangre

Copla

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

Existe un cuadrito de Gutiérrez Solana —un liencito amargo, de unos treinta centímetros de alto por cuarenta de largo— donde hay cuatro gitanos negros, cuatro gitanos duros, que parecen cuatro carbones humanos contra el bloque de cal y sol de una barda andaluza. Severos, luctuosos, metidos en sus facciones como en otros tantos catafalcos, esos cuatro camineros gitanos. Parecen, a un tiempo mismo, bandoleros y santos. Lo de bandoleros puede que no les siente del todo mal pero en lo de santos tenemos que explicarnos. Santos de una santidad de ventas y caballos sin amo y piropos —al desgaire, sin desajustar el ceño— a las mozuelas campesinas. De esa santidad de vida libre y sujeción tribal. De esa vida tan en serio y tan aparte de los gitanos de España. Marginamiento hecho santidad. Se vuelven puros, casi arañan su cielo con las uñas, de tanta picardía, de tanto andarle a las mañas, de tanto morderse por dentro rumiándose su celo. Santos de lo de ello. Con transverberación particular. Para su uso y abuso. Porque estamos seguros: si nos acercáramos con beatitud a los cuatro carbones humanos del cuadrito de Gutiérrez Solana

nos saldrían al encuentro, en jauría de palabras, muchos ayunos, mucha muela podrida, mucho misticismo de faca y arcabuz, mucho idolón de letrilla y saeta. Y veríamos, detrás de todo eso, el cuerpo lento y sombrío de la copla. De la mujeraza morena que cabalga sobre un potro de espadas y que tiene sus padrenuestros y avemarías cosidos a sus gregüelos de azufre. La copla bruja de los gitanos enlodada por la baba del duende. La dolorosa de los huertos vacíos y los jazmines que se secan en el yermo de los misales. La gran madona caprípetta con su ícubo y su súcubo como dos mamas para alimentar la infancia nocturna del sábado. Los cuatro carbones humanos de Gutiérrez Solana se apagan y encienden al contacto de su avance lejano. Apenas la esperan. La sienten acurrucada a las raíces de los limoneros. Y siguen su mirada, la triste mirada de sus ojos más antiguos que la muerte, cuando la brisa pone reflejos de plata y de sangre entre los olivares.

A la luna de oro le saldrán dos cuernos y dos pezuñas. Descenderá y embestirá contra todo y contra todos a la medianoche. Preguntará

por sus muertos y pondrá cruces de fósforo en la frente de los vivos. Entonces vendrá el rey, el que solo puede ser visto de perfil como el retrato de un faraón y el que despide el mismo aroma que tienen los limoneros cuando un niño ha muerto por el amor de una mujer, y hablará en el blanco idioma que alimenta el enigma de los lirios. Regará góticas de azahar entre las tumbas. Y mirará con sus ojos brumosos bajo sus cejas tiznadas. Y triturará las hojas caídas con sus botas de piel de gato pulidas por los enanos de la tribu. Entonces, en el oxígeno del labrantío sentiremos el vapor que despide el sexo de las vírgenes. Y las matracas de bronce con que deshacen el sueño del gran chivo. Y sentiremos el pico velludo de sus senos venteando el pecho de alquitrán y de oro de la madrugada.

Y entonces será el milagro. Porque de todo aquello, empapado de todo aquello como un animal que saliera chorreando de un pantano de sangre, escucharemos la voz —tensa, borrosa, ronca de tanto visitar las cuevas de su alma— de la niña de los peines. Allí el registro, de faca penetrando en el hígado de un mártir, de Rubén Morcillo, el ídolo de Sierra Morena, el viejo curtido en pétalo y vinagre, en orín de yegua y en cal de sacristía.

La copla es un río turbulento que nace arriba, muy arriba de España, en las propias fauces del toro. Ese río cruza, de parte a parte, llenándolo de bramidos milenarios, de limo grueso y purulento como lava de volcán, el solar de la raza. En ese río viene bogando, como un barco de plegaria y de luto, el paso de la Macarena. Detrás, jadeando

entre espumas de luz, vienen anacoretas y mujerzuelas, chavalillos y encomenderos, duques y toreros en confuso tropel. La copla es un caballo negro relinchando en la noche. De pronto le vemos los dientes y los cascos o las ancas de una vitrea naranja a la luz de la luna roja. De la luna de sangre. De la luna de pena. Brujas que tienen diez mil años riegan anís y hojas secas sobre el río que parece una vena sin piel para que los calcine la luna roja.

La copla tiene cuchillos que agujerean más allá de la carne. Y un ángel con alas de uva que esparce rocío de manzanilla sobre las cabezas de locos que miran el cielo envueltos en capas teologales. La saeta sale disparada para volver a nosotros a hundirse con más fuerza. El tambor es un corazón. Un corazón que jamás dejará de latir. Un corazón que busca su cuerpo mientras va dando tumbos —preguntando por las alas de difuntas mariposas, por el susurro de los templos, por las alcobas solitarias— y maldiciendo entre las piedras. Hay hombres y pueblos que mueren de copla. Se van secando, se van poniendo arrugaditos, porque la copla los succiona para tener más sangre con qué fluír. Hay también niños nonatos, que se disolvieron en el vientre de sus madres, y doncellas que languidieron frente a un campo donde araban sin parar, extrañamente silenciosos bajo sus yugos, todos los bueyes del mundo.

La Niña de los Peines tiene una voz de leño ardiendo y de pan sin levadura. Voz masculina y reptante, pegada a los objetos de la memoria. Le viene de tan lejos, que se le ha ido perdiendo el recuerdo

por dentaduras y gargantas. Esa voz la formaron —módulo a módulo, estertor por estertor— todas las razas de España. Por eso cuando escuchamos a la Niña de los Peines o a Rubén Morcillo, perdemos la memoria y el habla. Quedamos en ese sitio donde solo puede escucharse el tropel —troncos y espumas, lodo y saliva, blasfemias y

plegarias de muertos y de vivos— de un río que nace en las fauces del toro. Y un caballo galopando bajo una luna roja. Porque todo aquello —oír la copla desde dentro— conforma una religión donde el fuego combate con la noche y el día es como un largo vampiro que respira en un sarcófago de sombras.